

El Jesús histórico. Otras aproximaciones  
Reseña crítica de algunos libros  
significativos en lengua española

Antonio Piñero

E D I T O R I A L T R O T T A

**COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS**  
**Serie Religión**

© Editorial Trotta, S.A., 2020  
Ferraz, 55. 28008 Madrid  
Teléfono: 91 543 03 61  
E-mail: [editorial@trotta.es](mailto:editorial@trotta.es)  
<http://www.trotta.es>

© Antonio Piñero Sáenz, 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9879-986-6  
Depósito Legal: M-26874-2020

Impresión  
Gráficas De Diego

## CONTENIDO

<i>Prólogo</i> .....	9
I. APROXIMACIONES TEOLÓGICO-HISTÓRICAS .....	11
El Jesús de Senén Vidal .....	11
El Jesús de Sean Freyne .....	28
El Jesús de José Antonio Pagola .....	33
El Jesús de James D. G. Dunn .....	49
El Jesús de Rafael Aguirre, Carmen Bernabé y Carlos Gil Albiol .....	78
El Jesús de Gerhard Lohfink .....	83
El Jesús de Javier Gomá Lanzón .....	89
II. APROXIMACIONES HISTÓRICO-CRÍTICAS .....	101
El Jesús de Paul Heinrich Dietrich, barón (Freiherr von) de Holbach .....	101
El Jesús de Gerd Theissen y Annete Merz .....	105
El Jesús de José Montserrat Torrents .....	124
El Jesús de Gonzalo Puente Ojea .....	133
El Jesús de Fernando Bermejo .....	151
El Jesús de John P. Meier .....	164
El Jesús de Antonio Piñero .....	192

## PRÓLOGO

Pasado un cierto tiempo desde que apareciera en el mercado mi libro *Aproximación al Jesús histórico*<sup>1</sup>, he recibido diversas cartas y opiniones directas de amigos o conocidos que coincidían en la idea de que podría ser conveniente complementar este libro con verdaderos ejemplos (o contraejemplos) de lo que yo creo que debe ser una obra sobre el Jesús histórico que cumpla los *desiderata* metodológicos expuestos en ese libro.

A este fin, he ido recogiendo las más importantes reseñas críticas de libros sobre Jesús que he ido componiendo en los años recientes, algunas de las cuales han aparecido, generalmente abreviadas, en Internet, y he ampliado su número con otras nuevas. He aquí el resultado de esta tarea. Así pues, la recopilación de textos de este volumen tiene la intención de que mis críticas —donde fueren necesarias— aparecieran como orientaciones para futuras aproximaciones verdaderas al Jesús de la historia; y mis alabanzas señalaran el camino al lector de lo que me parece una investigación correcta, según las normas que la investigación independiente ha ido desarrollando durante un par de centenas de años.

Divido el volumen en dos capítulos. El primero tratará de aquellas aproximaciones que considero fallidas o imperfectas desde el punto de vista histórico-crítico, ya que me parecen mezclar la historia con la teología o la obediencia confesional. El segundo aborda otras obras que intentan no estar sujetas a confesión alguna, sino presentar al personaje,

1. *Aproximación al Jesús histórico*, Trotta, Madrid, 2018, <sup>3</sup>2019. En lo sucesivo, las referencias a páginas de este título figuran entre corchetes; las que remiten a cada una de las obras analizadas aparecen entre paréntesis.

Jesús, desde la mera perspectiva histórica. Tanto las críticas como las alabanzas pueden ser una guía para que el lector comprenda lo que estimo aproximación correcta a la esquivia figura de Jesús de Nazaret, dada la orientación claramente apologética y hagiográfica de nuestras fuentes principales, los evangelios.

I

APROXIMACIONES TEOLÓGICO-HISTÓRICAS

EL JESÚS DE SENÉN VIDAL

*Los tres proyectos de Jesús y el cristianismo naciente. Un ensayo de reconstrucción histórica*, Sígueme (Colección Biblioteca de estudios bíblicos 110), Salamanca, 2003, 377 pp.

*Jesús el galileo*, Sal Terrae (Colección Presencia teológica 148), Santander, 2006, 255 pp.

Los dos libros ofrecen un planteamiento personal del autor y relativamente nuevo —al menos en el panorama en lengua española—, de la misión de Jesús sobre la base de que esta fue un acontecimiento histórico. Como el segundo libro es como una precisión, y a la vez popularización del primero, uniré sus ideas. Vidal parte del supuesto de que los datos ofrecidos por las fuentes, debidamente leídos, ofrecen una imagen coherente de Jesús si se sitúan correctamente en su inmediato contexto histórico, el judaísmo palestino. Mas, por otro lado, la misión de Jesús no pudo estar prefijada automática y rígidamente, sino que hubo de estar abierta a varias posibilidades, dependiendo, entre otras cosas, de la acogida o del rechazo que se le prestase.

Esta perspectiva descubre —según el autor— un auténtico proceso evolutivo en el desarrollo de la misión de Jesús, que no debe confundirse con la evolución psicológica de la biografía de Jesús, sencillamente porque no hay datos para dibujarla. Se trata más bien de que los datos permiten diseñar como centro de la vida y misión de Jesús, la proclamación de un evento histórico en el futuro, el reino de Dios, que es ante todo un acontecimiento de salvación, pero que el modo como interpretó

Jesús que iba a instaurarse ese Reino fue cambiando a lo largo de su vida según se desarrollaron las respuestas a su tarea. Se produce así una imagen divisible en tres partes, etapas o fases, a las que corresponden otros tantos proyectos de implantación por parte del Nazareno de ese reino de Dios. La investigación descubre en Jesús una tendencia a una progresiva y mayor radicalización en sus proyectos. El descubrimiento de la inviabilidad de uno de ellos, debida al rechazo por parte de sus destinatarios, no significó el abandono del proyecto, o un rebajamiento del mismo, sino, al revés, una radicalización plasmada en el proyecto siguiente, hasta llegar a tres.

El *inicio* de la vida pública de Jesús fue que este se sintió atraído por la predicación del Bautista, se hizo bautizar por él y aceptó con ello plenamente sus puntos de vista. Si en ese momento hubiera tenido ya un proyecto claro, Jesús no habría asumido el bautismo de Juan.

El *primer proyecto* del Nazareno consistió en asumir los prenotandos teológicos de Juan, que a su vez se enmarcaban en la trama de la esperanza escatológica del judaísmo de la época: se acerca el juicio divino, pero el pueblo elegido camina hacia la perdición. Se impone andar por un nuevo sendero. Juan lo escenifica predicando en el desierto. Este lugar es donde el pueblo debe iniciar un nuevo éxodo hacia la tierra prometida, la salvación. El bautismo significará el nuevo ingreso de Israel en la tierra prometida. La etapa definitiva de este proceso será la implantación del reino de Dios. Este comenzará por un gran juicio purificador, que luego desembocará en un estadio de paz y vida plena que puede denominarse el gran *shalom* (estado de bienaventuranza) para Israel.

Para algunos cristianos, la perspectiva de un Jesús que pasó un cierto tiempo, amplio, de meses probablemente, con Juan Bautista tras ser bautizado por él es bastante sorprendente. Pero la historicidad de este hecho parece indudable, porque está testificada unánimemente por la tradición evangélica antigua. Además, no pudo ser un invento de la Iglesia posterior, pues esta nunca se sintió cómoda con algunas consecuencias que los lectores podrían obtener, a saber, ideas equivocadas sobre la naturaleza de Jesús y de su misión. Por ello intentó por todos los medios que esta primera etapa quedara difuminada, o resultara acomodada y, en algunos casos, camuflada cuando la leyeran los cristianos. Se creó así, por ejemplo, la inversión «maestro Juan/discípulo Jesús», que pasó a convertirse en «Juan precursor/Jesús mesías, personaje de rango superior».

Vidal acepta que el origen de Juan Bautista es oscuro, pero que su predicación y actuación se entienden bien si de algún modo se lo relaciona con la secta esenia, y en concreto con la teología de Qumrán. Como profeta, Juan experimentó la crisis de amplio espectro del Israel del siglo I.

Fue una crisis política y de identidad nacional: Israel bajo el dominio de una potencia extranjera y pagana; fue una crisis religiosa: imposibilidad de cumplir totalmente la ley de Dios en esas circunstancias; y fue finalmente una crisis económica: opresión del pueblo por la depredación avariciosa e institucionalizada de los poderosos y ricos, tanto nacionales como extranjeros. Juan Bautista ofrecía a las gentes que oían su predicación una salida a esta crisis múltiple que conducía al pueblo judío a una situación de total fracaso, hacia el camino de la perdición definitiva. Todo Israel estaba contaminado por el pecado y de nada valía declararse nominalmente hijo de Abrahán, ya que la alianza con Yahvé estaba anulada de hecho.

Al parecer, Juan Bautista distinguía dos momentos básicos de reforma del pueblo. El primero —el presente de su misión profética— tenía el carácter fundamental de preparación de la etapa decisiva del futuro (segundo momento) y estaba localizado fuera del territorio de Israel, en el desierto, como en los inicios del pueblo —según la tradición bíblica— antes de ingresar en la tierra prometida. El pueblo debía comenzar otra vez su marcha arrepentida hacia Dios. El Bautista simbolizaba este nuevo comienzo con dos grandes símbolos: *a)* el sitio en donde él predicaba, el desierto, en la cuenca oriental del Jordán, lejos de la sociedad contaminada, sobre todo de las ciudades, era el «lugar» del pueblo del Israel primitivo: peregrino hacia la heredad que Dios le iba a entregar; *b)* el segundo signo era el bautismo en las aguas del Jordán. Este simbolizaba la conversión con el arrepentimiento de los pecados, el perdón divino y el nuevo ingreso de Israel, ya purificado, en la tierra prometida. El segundo momento acontecería ya dentro del territorio sagrado de Israel en un futuro muy cercano. Juan Bautista no pensaba en un final del mundo tal como nos lo imaginaríamos hoy, sino en una transformación real en los aspectos sociales, políticos, económicos y religiosos de la tierra y del pueblo de Dios. El Bautista anunciaba la presencia salvadora de Yahvé para su pueblo. Pero el realizador de esa transformación no sería él mismo, el profeta anunciador, sino otro. Los evangelios no dicen claramente quién era, sino solo que Juan Bautista pensaba que era «uno mayor que él», es decir, quizás Dios mismo o un delegado suyo, semicelestial o celeste, o bien un ser humano con especialísima ayuda divina. Solo la tradición cristiana verá posteriormente en este personaje «mayor» a Jesús.

Este proceso de transformación de la tierra y gentes de Israel tendría dos fases: A) La primera sería un «gran juicio» purificador de Dios, el gran día de la «ira de Yahvé»: los malvados del pueblo (y se supone, de las naciones) serían aniquilados como la paja por el fuego o el árbol

malo por el hacha. B) En la segunda fase surgiría la época de la gran paz, la plenitud de vida espiritual y material para Israel en este mundo de acá abajo, solo que purificado y transformado. En esa tierra se cumpliría un «bautismo por el Espíritu Santo», es decir, la actuación plena de la potencia transformadora de Dios, que llevaría a la plenitud de la vida humana.

*El segundo proyecto* de Jesús representa en realidad el primero auténticamente propio del Nazareno. Cuando Juan desapareció de la escena debido a su muerte violenta, Jesús no se desanimó, sino que comenzó un segundo proyecto: la misión en Galilea, cronológicamente la más amplia y suficientemente documentada. Jesús emprendió esta misión independiente con nuevas ideas, aunque conservando siempre la estructura básica de la teología del Bautista. Jesús descubrió que, a raíz del asesinato de Juan, Dios había decidido adelantar su actividad liberadora del pueblo con una dimensión nueva. Y que el agente encargado de proclamar esta decisión divina era él. Aquí hay que situar los inicios de la conciencia mesiánica de Jesús. Al parecer, ya el encarcelamiento de Juan provocó en Jesús la idea de que Dios actuaría enérgicamente en esos momentos de desesperanza. Según Vidal, Jesús hubo de tener tras la muerte del Bautista una suerte de revelación fundante, que equivalía a su vocación como agente mesiánico de Dios. Pero no debe imaginarse esa revelación como una visión o un éxtasis, sino quizás como una iluminación interior que daba un nuevo sentido a su misión. Lógicamente, según el proyecto de Juan, Jesús debió de sentirse como «el más poderoso», el «esperado» por el Bautista; es decir, tenía que asumir la función de agente mesiánico de la liberación definitiva de Dios. Consiguientemente también, fue entonces cuando Jesús comenzó a proclamar y a escenificar como ya presente el futuro anunciado por su maestro.

Por ello, la misión de Jesús no tuvo como escenario el desierto (igual que en el Bautista), sino la tierra de Israel. No era ya tiempo de preparación, sino de la presencia del acontecimiento liberador y definitivo de Dios. Este no se iniciaba con el gran juicio purificador, como había anunciado Juan, sino con la irrupción de la acción transformadora del Dios soberano, que Jesús designaba como «reino de Dios». El «reino de Dios» era un símbolo que designaba en Jesús una realidad que tenía el mismo carácter fundamental que albergaba tal «símbolo» en la esperanza israelita. Se trataba del acontecimiento liberador único y definitivo con el que Dios iba a transformar la historia de Israel y, por su medio, el final de la historia de todos los pueblos. En correspondencia con sus orígenes, que en Israel iban asociados con la categoría política de Estado independiente y soberano, el reino de Dios era un símbolo de tipo político y

social. Su perspectiva afectaba a la existencia del pueblo israelita en su conjunto. Y esta esperanza era compartida por Jesús con todo el judaísmo de su época, y por tanto también con Juan Bautista.

El reino de Dios para Jesús no debió de consistir en un acto puntual de carácter mágico, sino —según Vidal— en un acontecimiento dinámico, cuyo proceso se desarrollaría en varias etapas. La primera estaba dedicada a la misión por los poblados rurales de Galilea y su entorno. Jesús descubrió en el campesinado galileo las raíces originales y profundas del Israel ancestral: representaba al pueblo humillado y oprimido que necesitaba liberación; era un pueblo pobre, despojado por los poderosos de su derecho a disfrutar de la tierra, la heredad donada por Dios. Era el representante del Israel enfermo y endemoniado, dominado por Satanás y el pecado.

Si el reino de Dios tenía que ser una buena noticia, debía comenzar allí donde vivían los oprimidos, en las aldeas. Esa estrategia de Jesús distaba mucho de ser una estrategia de poder, es decir, una dirigida a influir en los estamentos socialmente poderosos. Se trataba más bien de una estrategia del encuentro con el pueblo perdido, pero elegido por Dios, que necesitaba la sanación y la renovación de sus raíces vitales y del tejido completo de su existencia. El cambio de horizonte temporal y geográfico de la misión de Jesús respecto a la de Juan exigía también un cambio de estrategia misional. El pueblo no tenía que acudir al desierto para recibir un bautismo —Jesús y sus gentes no bautizaban—, sino que recorrían la tierra para ir hacia los pecadores. Este es el sentido de la itinerancia de Jesús y de sus colaboradores misionales, que caminaban por las aldeas de Galilea y de su entorno. Con otras palabras, Jesús y sus misioneros eran los obreros de la mies, y esta era el pueblo de la tierra.

Según Vidal, los relatos evangélicos apuntan a que Jesús esperaba que la renovación del pueblo aldeano y pobre de Galilea desencadenaría un proceso imparable que conduciría al estado definitivo de la implantación del reino de Dios en Israel; este proceso acarrearía la renovación directa también de Jerusalén, que como capital sería el centro del esperado reino mesiánico. Se realizaría entonces la renovación del Israel total de las doce tribus. Y este sería el inicio y el instrumento para un cambio en los pueblos todos de la tierra. Se cumpliría así una dimensión importante de la esperanza judía en la que se expresaba la comprensión profunda que Israel tenía de su elección. El pueblo elegido tenía conciencia de ser, en la época mesiánica, un medio de salvación para todas las naciones.

Este segundo proyecto intentó hacerse realidad en etapas. La primera sería la misión en los poblados de Galilea y su entorno. La segunda

y definitiva se realizaría en Jerusalén. El proceso culminaría con el disfrute de Israel, junto con todos los pueblos, de un gran estado de paz y bienestar, de plenitud vital, en una tierra transformada. La base de este proyecto era la creencia en la restauración o renovación de Israel, decidida por Dios, cuyo símbolo eran los doce discípulos, símbolo de las doce tribus de Israel que iban a ser restauradas, ya que diez se habían perdido. La escenificación de las tareas misionales no sería ya en el desierto, sino en la tierra israelita; el agente principal de la proclamación era Jesús. El centro, Cafarnaún. La renovación del pueblo tendría un carácter global, instaurándose una forma de vivir de las gentes conforme a la voluntad de Dios. Como muestra se instauraba la nueva familia espiritual, la que escuchaba en Jesús la voluntad divina. Las curaciones y exorcismos de Jesús eran el signo de la presencia liberadora de Dios. En Jerusalén se renovarían las instituciones del pueblo de la Alianza y surgiría un nuevo templo, del pleno agrado de Dios. Los antepasados fieles a la Ley resucitarían para participar en las dichas del Israel renovado. Los pueblos gentiles participarían también, pues por la mediación de Israel ingresarían de algún modo en la estructura del Reino. El final sería, como en el caso de Juan Bautista, el gran *shalom* definitivo, cuyo símbolo es el banquete mesiánico.

La gran esperanza de Jesús mientras misionaba por los poblados de Galilea y las regiones de su entorno fue, sin embargo, un rotundo fracaso. No se cumplió tal proyecto de la renovación del campesinado galileo. Este fracaso fue debido de nuevo a la actividad humana, libre; su causa fue la poca acogida efectiva del pueblo de la proclamación de Jesús y el rechazo frontal de las autoridades de Galilea, escribas y letrados, por una parte, Herodes Antipas y los herodianos, por otra. Se imponía, pues, comenzar otro proyecto o retirarse.

*El tercer proyecto surge al fracasar la misión en Galilea, que provocó una crisis interior en Jesús. La situación aparentemente desesperanzadora del fracaso llevó a Jesús al convencimiento de que ello era la señal de que Dios apresuraba la etapa definitiva de la renovación del pueblo entero de Israel; pero en vez de ser una ola desde Galilea que inundaría también a Jerusalén, el reino de Dios comenzaría en la capital y desde allí se extendería más rápidamente por toda la tierra sagrada. Ahora bien, esta etapa se hallaba sujeta también a dos posibilidades antagónicas. Su realización dependía de la acogida o no del pueblo y las autoridades.*

Si la acogida era *positiva*, sobre todo por parte de las autoridades, tendría lugar la instauración definitiva del reino mesiánico en Israel, antesala inmediata del reino de Dios en toda la tierra. Que Jesús pensaba ser el mesías de Israel queda claro a través de todo el relato de su muerte. La